



La dinastía de Coyote-Iguana*

Enriqueta Montaña de Parodi

Quizá, más que leyenda, estas páginas sean un pasaje complicado y oscuro de la historia del México aborigen; pero la ausencia de fechas exactas, y algunos detalles casi increíbles, me hicieron catalogar este episodio salvaje y romántico, entre las leyendas mexicanas.

Fue don Fortunato Hernández, uno de los hombres que más detenida y acuciosamente se ocupó de la vida de nuestras tribus aborígenes; y a su pluma atildada, se deben los datos de este acontecimiento sucedido hace ya muchos años, pero que sigue conservando a través del tiempo su interés.

A una humilde mujer del pueblo, cuyo esposo había sido víctima del salvajismo irreducible de los indios seris, los famosos “Kunkaak”, a quien un día, Lola Casanova, la hermosa “reina blanca de los seris” le contó esta dolorosa aventura, prolongada a través de los años en forma llena de acontecimientos disímolos a la par que interesantes.

La Isla del Tiburón, ha sido desde tiempo inmemorial, el reducto de la tribu Seri. Situada frente a la ciudad de Hermosillo, en la costa bañada por las aguas del Mar de Cortés, la isla no ofrece mayores perspectivas; pero ha sido siempre un refugio para la tribu que considera dicho territorio, como de su absoluta propiedad, varios han sido los gobernantes de Sonora, que han hecho encomiables esfuerzos por asimilar a los seris a la civilización y todo ha sido en vano; indolencia y pereza, a la vez que valor indiscutible, son características suyas.

En años anteriores, los seris incursionaban frecuentemente por los sitios donde había perspectivas de robo abundante; y frecuentemente tuvieron el atrevimiento de llegar hasta las goteras de la ciudad de Hermosillo, sembrando el terror entre los vecinos que se dieron cuenta del peligro; no era raro también verles atacar a los convoyes que por precaución se formaban para hacer travesías de una a otra ciudad, y muy frecuentemente sucedió que tanto el valor como la superioridad numérica, diera el triunfo a los indios en los encuentros tenidos.

María se llamaba la mujer a quien Lola casanova contó la historia dolorosa; un día, sentada María frente al jacal donde vivía y donde meses antes habían matado a su esposo los seris, vio llegar a un grupo de mujeres de la tribu, quienes se acercaron para tomar agua del pozo. Una de ellas, al sentarse a descansar, dejó al descubierto un muslo blanco y bellamente formado; el contraste de su cara casi negra con aquel muslo mórbido, llamó la atención de María, quien le preguntó a la india:

—¿Eres de la tribu Seri, o perteneces a la raza blanca?



—Pertenece hace muchos años, ahora soy una india como cualquiera... —contestó casi con indiferencia la interrogada.

—¿Fuiste alguna mujer a quien tomaron “cautiva” los indios?

—Sí; posiblemente tú oirías hablar de Dolores Casanova, ¿no es verdad?

—¿La cautiva de “La Palmita”? ¿Acaso tú eres Dolores?

—Lo fui; ahora soy la mujer de Coyote-Iguana, la reina de los seris —contestó con un dejo de dolor la india.

Y lentamente, fue desgranando el rosario de su vida azarosa, en que la aventura tejió para aquella mujer, un destino con que nunca soñara.

“Lola Casanova, había nacido en Guaymas, hija de padre español, de mediano acomodo, y de madre mexicana, muy bella y virtuosa. Tenía 18 años, cuando un día en unión de algunos de sus familiares, hizo un viaje a Hermosillo. Eran muchos los que formaban parte del convoy, ya que por la inseguridad de los caminos, muchas personas preferían detener su viaje hasta esperar más viajeros, para tener mayor seguridad en el camino. Nada aparentemente parecía turbar la quietud del paisaje; apenas si el chirriar de las ruedas de los carros sobre los pedruscos del camino, interrumpían el silencio; se acercaba la caravana a “La Palmita” cuando las mujeres comenzaron a dar señales de inquietud, y de pronto, una flecha que pasó silbando trágicamente para ir a hacer blanco de en la cabeza de uno de los carreros, detuvo la marcha, para hacer aprestos de defensa; encarnizado fue su encuentro... Balas y flechas se cruzaron con salvaje furia, alaridos de dolor y gritos de angustia llenaron el campo, y por fin, después de casi una hora de combate, los indios resultaron vencedores.

“Cuando Lola recobró el sentido después del combate, se encontró en los brazos de un indio alto y fuerte, de fiera aunque no desagradable mirada; el terror sintió la inocente muchacha, le privó de la voz pero luego al recordar lo pasado, gritó con angustia indecible, y entonces el indio, en mal español, le explicó la situación. Él era el jefe de la nación seri; era hijo de un gran guerrero pima que murió en rudo combate, cuando él era un pequeñuelo que quedó cautivo de los seris; su valor, sus naturales conocimientos en asuntos de guerra, le hicieron captarse la confianza y el cariño de la tribu, hasta que un día delegaron en él el mando, y fue obedecido y querido como jefe.

“Tenía una isla llena de tesoros, era el rey de la nación más valiente y temida del mundo (de su mundo al menos) y todo lo ofrecía a Lola para que no le abandonara; él se hundiría en las aguas misteriosas para arrancar al fondo de los mares sus más bellas perlas, y arrancar a los leones las pieles sedosas para cubrir su bello cuerpo, aquel blanco cuerpo de estatua con que el indio había soñado en sus noches de fiebre y de ambición...

“Lola le escuchaba en silencio; un torbellino se había desatado en su pensamiento; el pasado suyo de niña mimada y bella, sus sueños de casarse con el hombre a quien amaba,



su casita risueña, sus pájaros, sus flores, sus trajes vaporosos que la brisa guaymense agitara en las tardes bañadas de sol, todo quedaba anulado y muerto ante esta espantosa realidad. La mujer del jefe de los seris, la mujer de un indio, no por hermoso y fuerte, menos salvaje”.

Pero el destino tiene designios extraños, y el de Lola se cumplió. Desde aquel día rompió forzosamente con su pasado, y se convirtió en la Reina Blanca de los kunkaaks. Al principio, sufrió el desprecio de las mujeres de la tribu, que no la aceptaban como digna, de ser la compañera de Coyote-Iguana; pero el valor y respeto hacia el jefe, vencieronlo todo, y Lola fue querida y formó parte de aquella rebelde familia aborígen a quien diezma cada día más su horror a la civilización.

Diez meses después del fatídico encuentro en La Palmita nació el primer hijo de Lola Casanova y Coyote-Iguana; fue entonces, según propia confesión, cuando ella comprendió que el pasado había muerto definitivamente; el amor hacia el hijo, y también hacia el padre de aquel hijo, la ligaban a la suerte de la tribu seri. El gran amor de Coyote-Iguana, demostrado en formas diversas, inclusive en los fuertes encuentros que tuvo que sostener contra los cabecillas de los seris, para imponer a Lola como reina, le captaron el cariño de la muchacha blanca. Lentamente fue perdiendo sus nexos con el mundo civilizado; se acostumbró a pintarse cuerpo y cara de abigarrados colores, como las indias de la tribu, no sintió ya repugnancia por comer carne cruda, y la intemperie no le asustaba ya.

Otros hijos vinieron a separarla más del mundo de los suyos; varias veces, en unión de otras mujeres llegó a Hermosillo, y logró ver a varios miembros de su familia en diversas ocasiones; pero adquirida ya la rebeldía de la tribu, comprendiendo que sería imposible que los suyos vieran en ella a la muchacha perdida hacía muchos años, permaneció impasible, callada, resignada.

Había además la circunstancia de que el amor a su marido y a sus hijos, la ligaba más a la vida del presente que a la del pasado; comprendía que no podía aunque quisiera, asimilarse al ambiente del que la había desplazado su destino.

Coyote-Iguana, envejeció; su largo poderío parecía haber impuesto definitivamente el reinado de la mujer blanca, pero a la muerte del jefe supremo, los indios se insubordinaron, y en salvaje venganza, arrojaron el cadáver de Coyote-Iguana a los perros que lo destrozaron furiosamente. El dolor de Lola fue muy grande, pero pareció resignarse.

Mujer fuerte, esperó pacientemente a que el mayor de sus hijos tuviera la edad necesaria para rescatar el poder que legalmente le correspondía, de la tribu rencorosa que en los últimos días de la vida de su padre, le había hecho sufrir hasta la muerte.

Vengada la muerte de su esposo, Lola conquistó el poder para Coyote-Iguana II, quien habiendo heredado de su padre los dotes de mando y de fuerza, condujo a la tribu



por un camino de relativo adelanto, relativo, porque a pesar de todo, los seris siguen siendo al paso de los siglos un conglomerado cada día más reducido, más pobre, más débil.

Durante el poder de Coyote-Iguana II, no cesaron los ataques y el odio contra Lola; pero su hijo, digno hijo suyo y del valiente jefe pima, la defendió de los ataques, hasta que en un combate, encontró la muerte.

Con su muerte, la tribu se creyó libre de la dinastía de los Coyote-Iguana, pero fue errónea la creencia, pues el segundo hijo más fiero en el combate, más valiente que su hermano, supo imponerse en forma tal, que todos los cabecillas seris que habían permanecido dispersos desde la muerte de su padre, tuvieron que someterse a su mando.

Quizá la sangre de viejos guerreros hispanos, que corría por sus venas, floreció en admirables planes de organización, que dieron como resultado que todo intento de sublevación fracasara, conservando el poder y dando a su madre todas las satisfacciones que pudo, y el respeto a que tenía derecho.

Cuando la paz se había hecho, cuando Lola Casanova olvidaba que era la fundadora de la dinastía de los Coyote-Iguana, a veces, en la puerta de su casa, contemplaba los últimos resplandores del sol, viendo cómo sobre las aguas el Mar de Cortés se irisaban los rayos luminosos dando a las ondas tonalidades rojizas, evocaba aquella otra playa donde se deslizó su vida infantil, aquel Guaymas de caballerescos prestigios, sobre cuyas olas se mecieron tantas lejanas ilusiones... pensaba en todo lo que había perdido en todo el lapso doloroso que había significado para ella en sacrificios, en una completa negativa de la vida civilizada, para convertirla en la Reina de los Seris, de estos indios que al paso de los años, le habían impuesto sus costumbres bárbaras... y alguna vez, lloró sobre las ruinas del pasado, un llanto silencioso que estremecía su cuerpo vencido ya por los años y el dolor... sólo una luz había en su vida; la pujante juventud de su hijo Coyote Iguana III, fiero en la lucha, de facciones bellas y cuerpo de estatua de bronce; amante de su madre hasta el fanatismo, y continuador de los viejos prestigios de su raza.

Y en un lejano sitio de aquella tierra donde un día se extinguirá para siempre la tribu Seri, en un triste cementerio indio, bajo la indiferencia de los que pasan sin dedicar una mirada al montoncito de tierra donde duerme el sueño del olvido, seguirá disgregándose el cuerpo de la dulce muchacha blanca que vició el romance más trágico en la vida de una mujer.

Amada más que nadie, defendida como ninguna, odiada hasta la muerte, tal fue el resumen de la vida intensa de Dolores Casanova. Su historia que tiene más perfiles de leyenda que de realidad, es ampliamente conocida en la región donde vivió. Su recuerdo es querido y ha servido para más de un cuento que inspira tristeza y respeto, la tribu seri sigue en su peregrinaje hacia la nada, porque tendrá que extinguirse un día; ningún esfuerzo,



Gobierno del
Estado de Sonora

SEC
Secretaría
de Educación y Cultura



ningún ejemplo, nada ha sido suficiente para dominar su rebeldía, su indolencia, su pereza legendaria.

Quizá en la existencia larga y penosa de esta tribu, lo mejor, lo más bello, lo que encierra una página de belleza y romance, de amor y de fuerza, ha sido la historia de Dolores Casanova; el forzoso entronizamiento de la dulce Reina Blanca, fundadora de la dinastía de los Coyote-Iguana.

Preguntas a reflexionar

- 1.- ¿Conocías la historia de Lola Casanova y Coyote-Iguana?
- 2.- ¿Qué significa la unión de dos culturas?
- 3.- ¿Consideras que la historia relatada es real? ¿Por qué sí? ¿Por qué no?

*Esta leyenda se incluye en el libro "Cuentos y leyendas" de Enriqueta Montaña de Parodi, publicado en 1944.